

Poesía para el siglo XXI que devuelve a la palabra los íntimos poderes. Palabra desprejuiciada, sin inhibiciones ni vedas, que devuelve la libertad plenaria a la metáfora para “ir más allá” de lo real verificable, antidoto contra una existencia alienada. Melquíades, el alquimista, vislumbra la utopía, la completud que el orden imperante imposibilita.

JORGE H. CADAVID

## “Poesía de postrimerías”



### Candiles en la niebla

Héctor Rojas Herazo

Ediciones Uninorte, Barranquilla, 2006, 81 págs.

Editado por la Universidad del Norte, en asocio con la Secretaría de Cultura y Patrimonio de la Gobernación del Atlántico, con prólogo del poeta Juan Manuel Roca, precedido de una reflexión del autor acerca de los trabajos del poeta y los prodigios de la poesía, ilustrado, además, con sus propios dibujos, sale a luz *Candiles en la niebla*, el libro de poemas que Héctor Rojas Herazo tenía listo para publicar cuando el 11 de abril de 2002 lo acogió, como diría Álvaro Mutis, la muerte con todos sus sueños intactos.

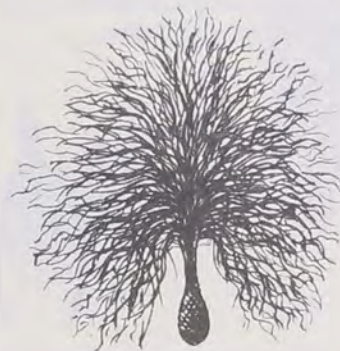
Encabezando el poemario, aunque sin la mención de su título, figura como epígrafe un poema del propio Rojas, perteneciente a su libro inmediatamente anterior, *Las úlceras de Adán, Epitafio*, que consta de sólo dos versos: “Tanto viví mi muerte, que ahora sueño / morir de vida en azorados huesos”. El epígrafe, en apariencia funeral, que nos remite a los poemas metafísicos de Quevedo, que no hallaban cosa en qué poner los ojos que no trajera el recuerdo de la muerte y su reino de espanto con sus presentes sucesiones de difuntos y el horror de la hora que huye en fuga irrevocable, da el tono

y la temperatura del libro en el que, como en el barroco, los contrarios se unen, se alían, borran sus fronteras y la vida y la muerte, la luz y la sombra, el cielo y el infierno, las llagas de Dios y las del hombre, ángeles y demonios, el incienso y el azufre, el culpable y el cómplice, el verdugo y la víctima, revelan su similitud, “su luz de sombra”, su “sol de caverna”, su íntima unidad. El poema *Instante* es un testimonio de ese encuentro entre entidades opuestas: “Ya sabemos que la rosa / es aroma de la espina / y que el consuelo lo forja / el dolor que nos destruye. / Pero sabemos también / que un triste fulgor nos sueña / caminando sin destino / por donde ni existe polvo / para trazar un camino” (pág. 9).



Lo primero que llama la atención de este libro es la calidad de la edición desde el formato, el color y la textura hasta el papel, pasando por las ilustraciones y la diagramación que permiten leer de manera casi simultánea los poemas y los dibujos, percibir su intercambio de señales. La segunda sorpresa es el prólogo de Juan Manuel Roca, su precisa caracterización del poemario, su destino de talismán acompañante, “hecho, más que de palabras, de jirones de luz, de secretos revelados por el poder de la lengua [...] más allá de esteticismos y de ningunerías, más allá de alardes verbales y ritmos

predecibles [...] donde no hay artificios, artes de taumaturgo en un tinglado”. Cabe destacar, así mismo, la certera selección de los versos de Rojas que Roca cita: son sin discusión los que piden la pista de aterrizaje de la memoria para quedarse allí para siempre.



La tercera sorpresa sucesiva es el texto “Anhelando alcanzar la explicación del prodigio”, ponencia de Rojas Herazo en el Segundo Congreso de Poesía en lengua española desde la perspectiva del siglo XXI que se efectuó en Bogotá del 12 al 17 de agosto de 2001, en la que el poeta Rojas expone las directrices de su poética preocupada por avivar los sentidos del hombre, apresar y descifrar, en un instante, el enigma de todo lo viviente, y comunicar, a través del poder de metamorfosis de la palabra, que torna en ternura y convierte en consuelo, ensueño y recuerdo, el sufrimiento y el pesar, la inclemencia y la destrucción, “la terrible experiencia de vivir alimentado por la muerte”. Para ilustrar sus intuiciones Rojas se apoya en ejemplos de poetas que van de Omar Kayan a Nicolás Guillén, pasando por el cante jondo, Garcilaso, Quevedo, Miguel Hernández, Guillermo Valencia y Juan Lozano y Lozano, revelándonos la apertura de su conocimiento poético así como la amplitud de su gusto personal, inmune a modas.

Con los faros o las teas de los prólogos puede el lector ingresar sin riesgo de traspies en las nieblas del poema. Y no tiene nada de raro que sea a raíz de esta experiencia previa que la entrada en los poemas nos produz-



ca una nueva sorpresa a los lectores de Rojas, la transparencia de estos versos en un autor cuya poesía, plena de densa significación, como su narrativa, no se entrega de manera fácil, exige una lenta y rigurosa ceremonia de iniciación, de acercamiento paulatino y consistente a los textos, para que estos vayan diluyendo sus resistencias y entregando poco a poco su saber y su delicia.



De sus poemas iniciales a este libro la poesía de Rojas ha ido ganando en poder de síntesis y claridad. Las interminables enumeraciones caóticas de la obra primera de Rojas Herazo aquí se reducen casi a ese silencio con el que se identifica la “polifonía de la vida”. Así el poema *La pregunta y la respuesta más simple*, en sus trece versos parece reescribir y contestar los interrogantes que el poema *Aldebarán* formulaba en más de cien versos, al tiempo que la pregunta por la identidad colectiva “¿Qué somos?”, la contrae hasta la indagación, en el monólogo, por la sola identidad individual “¿Quién eres?”, que conduce a la respuesta homérica, “Nadie”, a la que Rojas agrega unos cuantos vocablos, que condensan su visión personal: “¿Sabes quién eres? / Nadie. / Unos cuantos vocablos / que forran tu ceniza / con un soplo de nada. / Unos cuantos mendrugos / de miedosas ti-

nieblas / forrados por un nombre. / Unos ruidos, no muchos, / que atrapan tus sentidos / y te acechan gimiendo. / Un muerto que no sabe / donde olvidó su sombra” (pág. 21).

A mi juicio, la brevedad y la transparencia de estos nuevos poemas están emparentados con la sabiduría acendrada de un hombre que viene de vuelta, es decir, de un maestro. Ese saber está en la base de este poemario cuyo proyecto data de comienzos de los años cincuenta, de acuerdo con Beatriz Peña Dix, quien en su “Retrato de un poeta, trazos hechos con los colores del trópico”, segunda parte del prólogo a la edición de la obra poética completa de Rojas Herazo de 1938 a 1995, nos informa que en 2002, a los 81 años de edad, los planes inmediatos de Rojas eran los de “culminar *Lámparas en la niebla*, su próximo trabajo de poesía, que, en realidad, ha estado en construcción por casi cincuenta años”, es decir, desde 1952, más o menos.

Poesía de postrimerías pudiéramos llamar a estos textos, en los que el hombre es “despojo”, “bosquejo de luto”, “suplicio”, “sílabas sin rumbo”, si no fuese porque, en el fondo, toda poesía lo es, en la medida en que se nutre de lo que por un instante goza del privilegio de ser, pero pronto pasa a convertirse en un fue. Sin embargo, cuando la muerte resulta de la violencia social y sus mecanismos de aniquilamiento, trituración, destroz y quemazones, y adquiere los visos de una catástrofe colectiva, surge entonces la indignación del poeta. Así ocurre con un grupo de poemas fechados en 1959 y 1960 que en los manuscritos figuran como pertenecientes al libro *Mascando las tinieblas en el odio*, los cuales parecen escritos hoy y para hoy. Tales poemas, cuyos títulos de por sí son muy dicentes *Cataclismo para merecer la aurora*, *El ruido que nos llama entre nosotros*, *Los desplazados*, *Redoble de lástimas* y *Lamentación del campesino emasculado*, junto a otros sin fecha, *Masticando la tristeza en el olvido* y *Memoria ulcerada*, están unidos por un temple de indignación y protesta y una evidente intención de inquietar al

lector, de ganar su participación solidaria contra la violencia rondante en corbatas y sombreros, electoreros y gerentes.



En otros textos, candiles mucho más luminosos, aceitados con la esperanza, como *Puntos en el aire*, figuran obreros idealizados en torno a “volátiles andamios”, quienes “revolotean y brillan [...] como ángeles / esculpiendo las alas de una nube” (pág. 38). Tal ocurre también en *La niña Rochi*, que “no murió / sino que se esfumó en el viento / pues siempre, ante mis ojos, ha de seguir agitando una flor” (pág. 50).

No obstante, este otro Rojas sigue siendo el mismo en la mayoría de los poemas en los que estamos otra vez ante sus imágenes recurrentes —alas, aire, ángeles, azufre, camino, flor, huesos, lirio, lumbre, luz, llagas, llamas, manos, noche, sombra, sueños, viento—, ante elementos que encuentran por primera vez su espacio en el poema —la alacena, el mostrador, la cuchara, las chucherías, el vaso de peltre, el pañal en la batea, el gargajo de rencor, la panza del colector de votos, la pezuña del estado, el garaje, la acera— y ante las duras certezas de siempre, los remordimientos, la culpa, los delirios, el sufrimiento, los interrogantes (la pregunta por Dios) y los jeroglíficos, arduamente masticados como astillas, que nos hablan de la íntima ambigüedad de todo, del aura



de trascendencia que nos rodea y pide a gritos la articulación de su idioma en palabras, a la manera de ensalmos o plegarias.

*Candiles en la niebla* es una especie de balance vital que es a la vez una lección de conducta poética: apresar el instante con la máxima intensidad y franqueza es quizá la única manera de acceder a las llamas carceleras y liberadoras de la “efímera eternidad”. Ese balance nos recuerda el de Simón Bolívar en el umbral del sepulcro, en su última carta a Fanny: “Me tocó la misión del relámpago: rasgar un instante la tiniebla, fulgurar apenas sobre el abismo y tornar a perderme en el vacío”. El hablante de Rojas, despojado de ilusiones y expectativas se aferra a unas cuantas sensaciones “escuchar el silbo del tiempo en la casa”, “ver cómo se alarga y acucilla un árbol” y mitigar su sed en los ojos sedientos del ser amado, y asume con naturalidad (e incluso con humor) el suceso previsible de la muerte, que no es sino una manifestación más del hecho central, la vida. Así lo testimonian los obituarios con que se cierra el libro, que semejan rituales preparatorios para el tránsito hacia el alivio, ejercicios de adaptación de la piel para acomodarse al nuevo frío y al edén vacío de la ausencia y el olvido: “Te han inventado un número en el cielo / mientras hilvanan una dorada biografía / con tu alma retocada y unos brazos azules, / descansas de ti mismo en tus nuevas mejillas / mirándonos incrédulo desde tu edén vacío” (pág. 81).



Conjunción de pintura y poesía, la edición de este poemario debería ser el ejemplar punto de partida de una serie de ediciones en la que se mantenga con el mismo cuidado ese coloquio entre las artes. Convendría que Ediciones Uninorte y el propio departamento prosiguieran con similar nivel de exigencia y calidad en esta labor editorial ligada a la conservación y difusión del patrimonio cultural regional. Para tal efecto, sugiero dos nombres que acompañen a Rojas Herazo, cuyas obras exigen con urgencia su edición: Meira Delmar y su libro más reciente *Viaje al ayer* y la obra poética y las traducciones del inglés de Jaime Manrique Ardila. Esa trilogía marcaría un horizonte estimulante para las nuevas generaciones de poetas de la región y del país.

ARIEL CASTILLO MIER



## “La poesía: Juego de despojamientos”

### La herida intacta

Mauricio Contreras Hernández  
Alcalde Mayor de Bogotá, Instituto  
Distrital de Cultura y Turismo, Bogotá,  
2005, 74 págs.

Dos situaciones convergen en buena forma a través de la poesía de Mauricio Contreras Hernández (Bogotá, 1960). La primera, la formulación del mito tal y como lo definiera Nietzsche, no como la traducción de un pensamiento, producto de una civilización falsificada, sino como un modo de pensamiento en sí mismo. El *mythos* que se alimenta del *logos* para nombrar el entorno y dar un carácter universal y concreto a los padecimientos del poeta como criatura al solaz de un universo sin descifrar o descrito bajo otras convenciones del lenguaje. Luego, Contreras pone sobre la mesa otra de sus estrategias, la imagen y el peso de la metafísica supeditadas prudentemente en el blasón de una herida

milenaria que permanece —como el libro que le mereció el Premio Nacional de Poesía Ciudad de Bogotá del Instituto Distrital de Cultura y Turismo— intacta.



*La herida intacta* es un saludo energético a la reformulación de los paradigmas semióticos que atañen al discurso poético. No es ambiguo ni procaz ni demasiado moderno, más bien es una poética audaz que sondea en símbolos y juegos intertextuales aquellas sombras y voces que pertenecen —o le son familiares— a un autor provisto de “una vigorosa tentativa por nombrar las cosas primordiales con una penetrante visión de la cotidianeidad”, como reza el dictamen del jurado que le otorgó este premio. Contreras trae a juicio esa ‘cotidianeidad’ sin perder el origen sintomático y filosófico que le sustenta en el fondo, silenciosamente y sin algarabías intelectuales. Primero está la premisa de un discurso sostenido por múltiples usos del lenguaje, una poesía que se fragmenta o se desentiende de sí para caer vertiginosamente en la memoria y una prosa llena de mito y esplendentes escenarios de su experiencia onírica o de su enajenación. Da cuenta de ello, un rico trasegar por las formas y la teatralidad, la descripción y el *cut-up* de la primera parte del libro o el constante merodeo por voces que parecen prestadas pero que al final sólo nos llevan a descubrir su enmascarada.

*La herida intacta* se compone de tres partes: “Mediodías del insomnio”, suma de dieciocho episodios que conforman un solo poema; “La